

MARIANO PEYROU

Ya sé lo que nos pasa

Una anécdota, un recuerdo, un breve diálogo... salpican aquí y allá los 36 pequeños capítulos que articulan la 'Los nombres de las cosas'.

Una novela en la que el humor apuesta por forzar una vuelta de tuerca a la cotidianeidad

POR JUAN MARQUÉS

NA RRA TIVA En los mejores versos de Niños enamorados, el penúltimo libro de poemas de Mariano Peyrou (Buenos Aires, 1971), el narrador del poema enseñaba a su hijo la palabra etcétera y, añadía, «nos reíamos en el autobús con los ejemplos». Unas páginas antes se nos ha revelado que «Igual que el blanco es la suma/ de todos los colores./ el silencio es el nombre de/ todo». En las dos citas late ya, por una parte, el juego lingüístico, la jerga sin igual de las palabras, pero también se insinúa cierta desconfianza ante el lenguaje, aunque, afortunadamente para todos, no es una sospecha de estirpe existencialista, angustiada y angustiosa, agobiada y agobiante... sino nitidamente bienhumorada, pasada por el tinte insuperable de lo infantil, de lo genuinamente inocente.

La poesía de Peyrou se caracteriza por no limitarse a comunicar al lector el resultado de una meditación, sino que obliga a éste a implicarse en esa cavilación en marcha, a participar, obligado a encontrar un rincón confortable entre las líneas y quedarse a ver qué pasa, que en el caso de este poeta casi siempre es sorprendente o, como mínimo, sugerente. Y ese a ver qué pasa es una actitud muy propia de la literatura de este autor, una vuelta de tuerca a la cotidianeidad, una serenidad sólo relativa: en esta

LOS NOMBRES DE LAS COSAS
MARIANO PEYROU

Sexto Piso. 236 páginas. 17 euros

novela de hoy (la segunda del autor tras *De los otros* y los cuentos de *La tristeza de las fiestas*) no sólo suceden cosas en el interior de los personajes, o en su pasado, sino que, como quien no quiere la cosa, sí asistimos a un retrato-robot generacional, a un escáner social, a un estado de la cuestión, a un balance general.

Los nombres de las cosas se articula a través de 36 pequeños capítulos más o menos monográficos (sobre el amor, sobre la muerte, sobre el Catastro...) que a su vez están divididos en secuencias narrativas diminutas: una anécdota, un recuerdo, un diálogo breve. No es una novela de humor, y sin embargo es divertida como pocas que haya leído yo en los últimos años; se conversa en ella sobre deicticos, sinécdoques, atriciones, etimologías, pelargonios y contrapropaganda, y sin embargo no es en absoluto una novela pedante (ni lo son sus personajes, que simplemente son listos, recurrentes y cultos, están bien informados, se conocen muy bien, se quieren y tienen opiniones propias); no se abordan en ella temas de excesiva gravedad, pero desde luego no es una novela leve, aunque sí ligera, en el sentido de que, entretenidísima, puede perfectamente leerse de un tirón a poco que uno se descuide y se entregue al placer de su lectura.

Bien pensado, si se tocan temas de enorme seriedad (la en-



ANTONIO HEREDIA

fermedad, la violencia, Macedonia...), pero Peyrou lo hace con ese tono tuyo que tan desconcertante resulta en la poesía (incluso en *El año del cangrejo*, su último y mejor libro de poemas hasta hoy), y que aquí destella de un modo más pleno, más desatado, aún más convincente, aunque pueda llegar a dejar al lector igual de confundido («¿Quién quiere leer un libro normal?», se pregunta uno de los personajes...). El recurso funda-

mental es la ironía, una ironía en todo caso escurridiza, muy particular, pero eso no lo explica todo. La extravagancia de la literatura de Mariano Peyrou se basa esencialmente en el inexplicable hecho de que, sin ningún experimentalismo, con naturalidad perfecta, consigue superponer lo absurdo y lo trascendente. No es que convivan en el libro páginas que apuntan a lo disparatado y páginas que tienden a lo sublime, no: es que

son las mismas, trenzadas. Cuando parece, por ejemplo, que una conversación ha derivado ya claramente hacia el territorio de lo delirante y se va a disolver por puro agotamiento, entonces llega la última respuesta que explica y cambia y eleva todo. Y a veces esa explicación no es inmediata, sino que culmina páginas después, a modo de *ritornelo*, o incluso entendemos que se ha adelantado páginas antes, a través de alguna prolepsis. Y todo se hace con un humor que es evidente pero a la vez está un tanto soterrado, además de ser un poco retorcido y desde luego exigente, cuando no ambiguo. Un humor, en fin, que tal vez pueda satisfacer más a quienes por sistema desconfiamos del humor en literatura.

Mariano Peyrou tiene, sí, eso que se llama gracia, no sólo en el sentido del ingenio sino en el de la inspiración. Y, seguramente sin proponérselo, arremete contra la literatura mustia, pero también contra eso que tan machaconamente viene llamándose *literatura incómoda*. Por algún motivo inextricable (o

caso no tanto...) muchos editores parecen haber concluido que leemos para sufrir, no para disfrutar, pero aquí están *Los nombres de las cosas* para demostrar que existe un modo más lúdico, que no frívolo, de explicar lo que nos está pasando, y que otra forma de denunciar es posible. Y está por demostrar que no sea esa vía mucho más eficaz, aparte de, como buena literatura que es, mucho más poderosa y duradera. (2)